

todas las sociedades modernas debieran temblar de semejante atrevida aplicacion. Pero si el pensamiento del impávido publicista era ejecutable (de que yo no vislumbro la menor probabilidad), ¿á qué aspiraba por su medio? ¿A tornar lo de arriba abajo y lo de abajo arriba, como con el bravo rey Don Pedro hizo aquel menguado francés? Pero entonces acababan los gobiernos de mayorías. No era sino para dar una voz á la minoría; mas las minorías, vive Dios que no solo tienen una, sino mil voces y mil lenguas á su disposicion, con que, ya que otra cosa no puedan, atruenan los oidos de las mayorías: las tienen en el reglamento, las tienen en la prensa y en todo el mecanismo del gobierno liberal.

De todos modos, un diputado grave dijo muy gravemente al siguiente dia, que él sabio diputado habia descubierto la piedra filosofal, y una panacea de las enfermedades del cuerpo político; y la prensa añadió que era una gloria inmensa para Méjico haber hecho dar á la ciencia política un paso tan gigantesco.

Yo no quisiera absolutamente desencantar á los buenos de los mejicanos de este culto de adoracion que se tributan á sí mismos, porque él es un síntoma de vitalidad;

solo les aconsejaria que se esforzasen por merecerle, y que para ello saliesen un poco de sí mismos, y mirasen atrás y adelante, á la derecha y á la izquierda.

CAPACIDAD POLITICA.

“¿Qué habeis hecho de la Francia que os entregué?” preguntaba Napoleon á su vuelta de Egipto; y el mundo pudiera dirigir con mejor razon á los políticos de Méjico una interpelacion semejante y decirles: ¿Qué habeis hecho de la nacion que la independendencia puso en vuestras manos, de esa nacion que entonces rebosaba en vida, y cuyos destinos se ostentaban tan grandiosos? ¿Qué partido habeis sacado de las circunstancias propicias que por do quiera le reian; del aura del favor universal, que dulcemente la acariciaba y la impelia? ¿Cómo habeis correspondido á las esperanzas que hicisteis concebir y á los votos fervientes que en ese dia dirigieron al cielo por vuestro acierto en el gobierno los corazones todos que en el mundo palpitan por la independendencia y libertad de las naciones?

Esa Méjico, entonces entusiasta de la

libertad, en cuyo seno hervia un tan grande espíritu público, hoy asiste indiferente á la ruina de las instituciones compradas con tanta sangre, y consiente en recibir sobre sí todo género de cadenas; hoy en su pulso apenas se nota el movimiento de la vida, de la que solo dan cierto testimonio sus hondos gemidos. Esa nacion entonces compacta, amiga y aclamada de las naciones de la tierra, hoy desunida, empieza á deshacerse como las hojas de un libro mal encuadernado, y está embrollada casi con todo el mundo. De tantas esperanzas concebidas, de tantas promesas y caminos intentados, solo queda un desengaño cruel; quedan la miseria y la zozobra; queda la representacion nacional abatida y la prensa encadenada; queda un hastío universal; y por encima de todo quedan sables y bayonetas, y desnudos pechos en que impunemente hundirse.

Mas tengo yo en mi alma sobra de independencia para no unir mi voz á esa alharaca de la opinion, que cual rabioso can muerde al caido, ó en sus mil lenguas mentirosas lleva el tributo de vil adulacion á los pies del trono alzado por la fortuna. Ese es el grosero criterio del vulgo: yo me serviré de otro mas racional.

En circunstancias difíciles y grandes es cuando una gran nacion ostenta el genio del gobierno: nada me importan los conflictos mercantiles en que se ve la Union americana, ni las grandes cuestiones que le suscita su vigorosa y variada existencia para poner de acuerdo los intereses del Sur con los del Norte y el Oeste, los de la esclavitud con los de la libertad, los del cultivo con los de la manufactura. Tampoco me asusta ver la Inglaterra embarazada con las inmensas dificultades de su política exterior, complicadas con los problemas mas graves aún de su organizacion social y política, y de su dominacion en Irlanda: ni me ahoga asistir en Francia al desarrollo trabajoso del espíritu moderno en una sociedad ya labrada por los tiempos antiguos; porque al lado de esos grandes problemas está la inteligencia igualmente grande, y cuerpo á cuerpo con esas inmensas dificultades lucha el corazon, que ha crecido animoso en el eterno combate de la vida; porque la vida es un combate, y si la del individuo es una escaramuza, la de las naciones es una campal batalla. Pero en la misma proporcion me sobresaltan, no las dificultades, sino la vacilacion eterna y la ausencia de todo pensamiento fijo en la po-

lítica de España, y me acongoja la postracion en que se encuentra Méjico.

Es un deber de los hombres de estado, por lo mismo que su cabeza descuella por encima de las cabezas de la muchedumbre, mirar un poco mas adelante que esta, y advertirla en tiempos de crisis y de agitacion de los malos pasos y precipicios del camino, empleando para con ella todo su valimiento á fin de retardar, de acelerar ó de variar la marcha. Los políticos de Méjico, los que han capitaneado la revolucion, desde el cura Hidalgo hasta el general Santa Anna, han renunciado á este noble é importante papel; y lejos de dirigir el movimiento no han hecho mas que mezclarse en las turbas para promoverle, soplando el fuego de toda mala pasion en ellas, y exagerando toda idea justa. No hay para ellos escusa de ninguna especie, ni tienen que alegar que el torbellino popular los ha envuelto: ese torbellino era facticio, escitado por ellos mismos para promover sus menaguadas miras, y estaba en su mano moderarle ó anularle á su antojo. No; allí el volcán de la revolucion no tenia el alimento que ha solido tener en Europa de grandes injusticias sociales y de bárbaras tiranías seculares; porque aquella sociedad estaba dul-

ce y patriarcalmente gobernada: allí el pueblo no era ese pueblo profundamente irascible de Londres ó mágicamente impresionable de París, que es necesario conducir con infinito arte: el pueblo de Méjico, estaba avezado al yugo del gobierno; era un pueblo niño á quien se lleva con inocentes engaños. Si hay en el mundo un pueblo sufrido, poco exigente, y sobre todo dócil y facil de gobernarse, ese pueblo es el de Méjico, y lo era mucho mas que en el dia en la época de la independenciam, porque entonces era confiado, y ahora los desengaños le han vuelto incrédulo y receloso. Sobre ello apelo al testimonio de todo el que conozca un poco aquel pais.

Los revolucionarios de la primera época trabajaron infinito para malear la índole pacífica del pueblo, y para despeñarle por el derrumbadero de la insurreccion; y no pudiendo inocular en sus ideas ni en sus hábitos la revolucion, ni aun el proyecto de una completa independenciam, se dirigieron á esos instintos, latentes siempre en el fondo de su corazon, de robo y de matanza, y de odio implacable contra los gachupines, á fin de unirle á la lucha por el lazo sangriento del crimen. ¡Ah! Si ese ímprobo trabajo empleado por ellos con tan negro

fin, ese trabajo de que nos da una idea cierta la carta de Rayon al Congreso de Chilpancingo, hubiese sido empleado para moralizar mas y mas al pueblo y hacer germinar en su ilustracion y sus virtudes el gran pensamiento de la independencia, otra habria sido la suerte de América, y otra tambien la nuestra.

Itúrbide llegó en esto, y pareció por un momento simbolizar en su persona el pensamiento y las necesidades de la sociedad americana. Repito que la independencia se hacia necesaria y de dia en dia inminente, mas que por la situacion de América por el estado triste y azaroso de España. Yo no culpo á los mejicanos de quererla y solicitarla, pues que en su caso habria deseado para mi patria igual beneficio: solo en la eleccion de los medios y coyuntura es en lo que puede recaer el vituperio. Mas una vez dado el grito de Iguala, era un deber santo de Itúrbide mantenerse firme en la custodia del pensamiento, que acababa de recibir de la adhesion entusiasta de la opinion un bautismo de nacionalidad; porque hay deberes sagrados que tienen que cumplir las naciones como los individuos que están colocados al frente de ellas, y la suerte aciaga de Méjico es un

vivo ejemplo de esa sancion terrible con que la Providencia castiga la violacion de esos deberes: hay una moralidad política, que en vano se desconoce, cuidando de suplir su vacío por el empleo de las artes, que pomposamente condecora el mundo con los nombres de inteligencia de los negocios, razon de estado y otros; el orden político lo mismo que el moral se funda sobre esta base indestructible, *la justicia*.

Pues á la justicia con España faltó la nacion mejicana, y mas que ella faltó Itúrbide, que precipitó su caida fraguando su elevacion y apartándose del pensamiento de Iguala, cuando era su primer deber haberle llevado á cabo, ó al menos haber tentado todos los medios de darle puntual ejecucion.

Despues los políticos de Méjico se pusieron á vociferar ¡*república!* y república respondió el eco del pueblo, á cuyos oidos era tan estraña y disonante esa voz como á su razon era inaccesible el significado. Si media docena de años antes, ó á la época misma de Iguala, se hubiese anunciado semejante destino á Méjico, quien tal hubiese dicho habria pasado por visionario, porque entonces una reflexion desinteresada hubiera hecho conocer que Méjico no encerraba

los elementos ni tenia los antecedentes de este género de gobierno; mas á la altura á que habia llegado la revolucion, la república era casi el destino fatal de Méjico, asi como la anarquía y la dictadura debian deducirse un dia de la república. Tal es la lógica inflexible de las vias de hecho, cuando la política se abandona á su brutal dominacion.

Sin embargo, nada menos apto que Méjico para una república: es esta como aquellos vestidos cortos y ajustados al cuerpo que le dejan libres sus movimientos, pero tambien descubren todos sus defectos; al contrario de la monarquía, que semeja mas á las ropas talares, que si embarazan el movimiento cubren las imperfecciones naturales y dan un cierto aire de magestad. La república parte del corazon del pueblo: si ese corazon está sano, no contaminado por el vapor de la molicie ni por el veneno del crimen, ella funcionará bien, con tal que por otro lado ese pueblo se halle avezado á los negocios, ame la cosa pública, tenga en una palabra, un gran patriotismo. Sin estas condiciones el gobierno se llamará republicano; pero solo tendrá de tal el nombre y de ningun modo la sustancia, que se cifra en ser el gobierno del pueblo, en na-

cer de él y volver á él: será un artificio político á la disposicion del primer atrevido que quiera y sepa servirse de él.

Ya no me maravillo de que Méjico no haya podido gobernarse con república; porque ¿qué tiene que ver aquel pueblo con semejante forma de organizacion política? ¿Cuándo se gobernó él á sí propio? Nunca: sin la inteligencia y la pasion del mando un pueblo podrá ser independiente bajo una monarquía, pero jamás gobernarse republicanamente; y en este caso se ha hallado Méjico. Por otra parte, la vida de una república es agitada, y está empedrada de las mas grandes vicisitudes y fuertes contrastes: los mas pequeños negocios pueden tambien adquirir las proporciones de los grandes, y todos recibir de la publicidad y del calor popular una escandescencia peligrosa para la vida pública: las ambiciones particulares pueden atizar en fin este hervor de la sangre, y elevarle hasta la fiebre, comprometiendo al pueblo en resoluciones violentas que le constituyan en grandes atolladeros.

De aqui la necesidad, en el pueblo que ha de regirse por la república, de un temple fino de carácter que le sostenga en la adversa y no le permita desvanecerse en

la próspera fortuna: de aquí la necesidad de instituciones que le contengan y le dirijan en sus resoluciones; instituciones que, cuando está dotado del genio del gobierno, él mismo se busca y se da; de aquí en fin la necesidad de grandes y patrióticas ambiciones que neutralicen el efecto de las pequeñas, y que nunca faltan en una verdadera república, porque ella las engendra y produce naturalmente, y porque entre ella y esas nobles ambiciones y altas capacidades existen misteriosas simpatías y una correlación tal, que ambas se esplican recíprocamente por el solo hecho de su coexistencia, y nunca existen separadamente.

Pero en Méjico, ¿qué es lo que ha habido de todo esto? En primer lugar falta á aquel pueblo un carácter nacional, que en el día se forma trabajosamente en la única escuela en que puede formarse, la de las vicisitudes de la vida pública; mas hasta la independenciam sus días se deslizaron en los blandos brazos de un trabajo moderado y abundantemente recompensado, á la sombra de un gobierno en cuya formación y ejercicio no tenia la menor parte; se deslizaron como los días de la infancia, y como se deslizan con suave murmullo las aguas del arroyo modesto por entre flores y me-

nudas piedras. Agrégase á esto, que la naturaleza no pone allí mucho de su parte; porque la fibra que ella da no es esa fibra que constituye las organizaciones vigorosas que el ejercicio del poder requiere, sino esa otra que grandemente habilita para gozar en el círculo doméstico y social.

Interés por la cosa pública, ese patriotismo que hace anteponer la patria á toda otra afección, eso que en lenguaje técnico se llama *virtud* en las repúblicas, y sin lo que estas no pueden existir, el pueblo mejicano ni lo ha conocido ni lo conoce. En 1830 se quejaba oficialmente el gobierno de la apatía del pueblo en las elecciones, las cuales se hacían en toda la república por medio de los clubs: despues á este pueblo soberano se le ha impuesto una multa cuando en su inapelable juicio estime por conveniente no ejercitar el precioso derecho de la elección: yo he visto allí esas elecciones y presenciado la frialdad con que proceden, habiéndose solo en las del último congreso constituyente notado alguna mas animación por haber en ellas echado el resto el partido federal. En fin, dos veces un atrevido soldado se ha metido las llaves de la representación nacional en el bolsillo, y esto ha podido hacerlo impunemente, aun sin